

IX

El hermano y la hermana

Cuando Claudio Riviere, antes de la evasión, pensaba en la mujer que llevaba su nombre y en aquel Agostino Ciampi, marqués de Olona, que se la había arrebatado, se preguntaba á veces si se habrían escapado, abandonando la Francia, y si podría encontrarlos, suponiendo que llegara á estar en libertad.

El comandante ignoraba quizás que el sitio del mundo en que dos seres pueden vivir más fácilmente ocultos, desconocidos, ignorados, es en París. Hace mucho tiempo que se ha comparado la ciudad inmensa á un desierto de hombres; pero más bien es un hormiguero en donde se codean, sin conocerse, un millon de seres febriles, agitados, impelidos por todos los pruritos. París, menos poblado en 1809, pero igualmente ruidoso, y profundamente bullicioso que hoy día, proporcionaba á los que la suerte condenaba á vivir ocultos, los mismos recursos; el egoismo de la multitud, permitía al individuo gozar de completa paz.

En París, fué pues, donde resolvieron permanecer Agostino Ciampi y Teresa Riviere.

Se habian refugiado en el faubourg Saint-Antoine, en ese barrio tan animado entonces como ahora, lleno de talleres, de fábricas de muebles y de tejidos, de manufacturas de papeles pintados y, no lejos de ese hotel *Titan* en que Reveillon habia establecido sus almacenes, vivían con un nombre falso, pretendiendo pasar por esposos, recién llegados de Florencia, y que se dedicaban al comercio de pajas de Italia.

Al poner, entre la calle de Postas en donde habitaba Chambaraud y la calle Montmartre en donde Riviere tenia su domicilio, una distancia bastante grande, esperaban suprimir toda mirada inquisitorial y evitar toda investigacion. Despues del arresto del comandante, Agostino temblaba aun más, que la policia se dedicase á buscar á Teresa.

Advertido de antemano de que Riviere estaba amenazado, el marqués habia aconsejado á Teresa que saliese del domicilio de su marido; y despues de habérsela llevado, la confesó que habia sido para sustraerla á la prision de que estaba, sin duda alguna, amenazada, para lo que la habia arrancado, hasta cierto punto, al hogar de su marido.

—¡Y bien! habrian debido prenderme con él— habia dicho Teresa en el primer momento.

—¿Y estarias en libertad conmigo, loca?—le contestó Agostino.

Aquel hombre tenia sobre Teresa el poder extraño y fascinador que posee el reptil sobre el

pájaro. Sus ojos la hacían estremecer con una especie de terror que la encantaba. Soberbio, con su tez dorada de hijo de Nápoles y su cabellera de busto antiguo, Agostino realizaba para aquella cabeza exaltada y romántica un ideal de belleza tan extraordinario, que hacía parecer á Riviere, con su piel curtida y sus cabellos grises, realmente viejo, aunque notuviese sino cuatro años más que el marqués.

Ciampi tenía una manera tan altanera de levantar la frente, un modo tan satisfecho de aspirar el aire y dilatar sus pulmones; parecía tan perfectamente convencido del encanto de su voz y de la caricia magnética de su mirada, que se imponía por una fatuidad varonil que se adivinaba en su implacable y temeraria audacia.

Teresa le había amado en seguida, desde el día en que, atraído por la belleza escultural de la joven, el italiano había puesto en juego, para seducirla, todos los recursos de su estrategia amorosa, y Teresa Riviere se había perdido sin pesar alguno, como si de aquel sueño no debiera despertar jamás. Había amado á Ciampi por la desilusión que Riviere la hacía experimentar. Cansada del estoicismo de Claudio, había acogido con entusiasmo el nuevo sentimiento que hizo brotar en su alma el marqués de Olona: la admiración.

Aquella desdichada mujer, enamorada de una quimera, revestía con todos los adornos de su sueño al oficial italiano que le había presentado su marido.

Respecto á Agostino, se dejó coger en el amor

que inspiraba á Teresa. Seguramente no la amaba con el amor apasionado é insensato que sentía Teresa; pero estaba orgulloso de poseer aquella belleza, aquella alma exaltada y vibrante alojada en un cuerpo de estatua. Nunca se había sentido tan completamente seducido y dominado como por aquella mujer de ojos negros, profundos, abrasadores como hubiera podido ser un lago de lava, que le decía, mirándole cara á cara:

—Escucha, lo que he hecho y lo que voy á decir es infame; pero te amo tanto que no tengo remordimiento.

Se amaban, pues, pero su amor podía compararse á estas frutas admirables cuyo interior roe un gusano. Había una llaga en el fondo de su alma. Agostino, ambicioso é irritado por haber perdido su porvenir casi desde niño, se había metido, según sabemos, en una conspiración militar, con la esperanza de que la máquina imperial estallaría en seguida. Por eso, á veces, se reprochaba con una especie de furor el haberse dejado distraer de su objeto por una mujer, por más seductora que ésta fuese.

¿Adónde podía conducirle su amor á Teresa? Pero aquellos momentos de reflexión eran escasos, porque el poder de tanta belleza era muy fuerte, aun á pesar de su voluntad.

El marqués, ansioso de placer, era de esos hombres temibles y fuertes á quienes dominan los ojos de una mujer. Después de haber jurado no volver á amar se enamoraba de nuevo; pero llegaba un momento en que toda su pasión se

transformaba en ira y en que, cansado, como Don Juan, de hallar siempre las mismas emociones y las mismas palabras sobre labios diferentes, arrancaba por sí mismo de su corazón, si es que tenía corazón, las raíces de su amor, para dejarse enamorar por otra nueva mirada y otra nueva sonrisa.

D, Juan no era más que un viajero sediento de ideal, que pasó á través del mundo de la pasión, buscando su sueño, y destrozando en su camino las existencias, deshojando las almas y creyendo hallar siempre el infinito que reclamaba y no encontró.

El amor de Agostino á Teresa no parecía realmente disminuir. La comunidad del peligro unía y enlazaba hasta cierto punto á aquellos dos seres. Agostino sabía que sus cartas, que Teresa había imprudentemente guardado, debían hallarse en poder de la policía. No ignoraba que esta buscaba á la mujer del comandante, pero que si Teresa tenía que permanecer oculta, él, mientras no prendieran á su querida, podía circular libremente por París; por consiguiente, el marqués recogía al paso los mil rumores contradictorios de la multitud, de los salones y de los cafés.

Había sabido que Riviere había sido trasladado de la Conserjería al Temple; que á pesar de los interrogatorios, el comandante no había declarado nada, y que sus cómplices podían continuar tranquilamente su trabajo de zapa. A Riviere le matarían, pero no hablaría.

El marqués se enteró luego, en los concilia-

bulos secretos que presidía el coronel Bernard Thevenot de todo lo que se trataba de hacer para la evasión del comandante. Aquellos conciliábulos no se efectuaban ya en la calle Montmartre, sino en la calle del Cairo, en casa de uno de los conjurados, á quien llamaban Filipomen, y las últimas reuniones no habían tenido más que un objeto, la salvación de Riviere y la visita que hizo *Varus* Tevenot al comandante en el patio del Temple, era el resultado ellas.

Agostino Ciampi asistía á aquellas discusiones secretas, con la oculta esperanza de que todos aquellos proyectos no tendrían resultado alguno. Dos sentimientos se agitaban en él: la perspectiva de un peligro y la angustia de los celos.

Riviere libre, pediría, efectivamente, al marqués una terrible cuenta de la seducción de Teresa. Sobre este punto, Agostino se sentía tranquilo, el peligro no le asustaba. ¿Pero y si Riviere hallaba á Teresa? ¿Y si vengaba también en ella el ultraje recibido?

El marqués de Olona amaba bastante profundamente á aquella mujer para experimentar, ante semejante idea, un sufrimiento de ansiedad y miedo. Además si era capaz de arrojar de nuevo á Teresa á su vida pasada, el día en que ya no la amara, Agostino no consentía que se la tomaran mientras sintiese por ella pasión ó deseo.

—¿A qué preocuparme?—se decía.—¡No han de salvar á Riviere! ¿Qué tenemos que temer?

En la casa del faubourg llevaba una vida bastante extraña. Para alejar las preocupaciones

que le asediaban y dar alimento á su imaginación y á su actividad, se ocupaba—mientras que Teresa continuaba soñando—en combinaciones quiméricas. En una especie de laboratorio oscuro que daba á un patio, trituraba unas sustancias de olores y colores extraños. De pie entre sus frascos y sus redomas, se complacía en buscar... ¿qué? Teresa lo ignoraba, y no se lo preguntó jamás.

Separada del mundo, reclusa, olvidada, perdida bajo un nombre fingido en el laborioso faubourg, la sobrina del convencional Chambaraud era feliz. Hay seres capaces de crearse un universo dentro de las cuatro paredes de un pequeño cuarto. Le parecía que su vida pasada era un sueño, y había olvidado los tristes días pasados en casa de Chambaraud y sus severas conversaciones con Claudio. Por ese milagro de abstracción que hace que el presente llene toda una existencia, Teresa estaba como persuadida de que siempre había vivido con Agostino, á quien tan vivamente amaba y á quien creía amar siempre.

El marqués de Olona se iba volviendo, sin embargo, sombrío y parecía inquieto. Ya no tenía para Teresa sus sonrisas de otros tiempos. Algo trágico y febril se agitaba en él, y era evidente que debía sufrir. ¿Por qué? Por las privaciones que se imponía por la especie de miseria que se le echaba encima. ¡Haber nacido noble, haber podido esperar todo de la magnificencia de un rey y del favor de una reina, y despertarse en un faubourg á los treinta años pasados,

con una vida de lucha en perspectiva y un amor que se elevaba como un obstáculo entre la voluntad del hombre y su ambición esterilizada!...

—¡He sido un tonto!—se decía á veces con rabia. —¡Con mis locuras de muchacho he perdido quizás mi porvenir! Vamos—añadía,—no tengo más que una esperanza, que la conjuración tenga buen éxito y que yo constituya por fin mi felicidad con los restos de un imperio derribado.

No obstante, odiaba aquella conjuración. Veinte veces había agitado aquel hombre la cuestión de saber sino sería posible hacer dinero con una delación. Preguntábase si enviando crédulos como Riviere y Thévenot al consejo de guerra, podría sacar provecho de su suplicio; pero no. Suponiendo que el emperador le comprase su traición á costa de un ascenso, el traidor no podría esperar clemencia de parte de los supervivientes á quienes no hubiese herido su denuncia. Como no conocía á todos los Fíladelfos con quienes estaba ligado y su puñal podría llegar á él, valía más seguir sirviéndoles para que ellos le sirvieran algún día.

Mientras tanto era preciso vivir y Agostino veía que iban agotándose sus últimos recursos. Cuando se llevó á la mujer del comandante Riviere, poseía una suma bastante considerable, mas, en su febril deseo de marcharse algún día, de abandonar París, de vivir—no sabía en donde, pero libre y satisfecho—entró una noche en los salones de aquella casa cuyo número fatídico ha permanecido célebre el número 113, y allí sobre el tapete verde, en la atmósfera enloquecedora

de una sala de juego, ante el oro amontonado, los jugadores con las facciones contraídas y las mujeres medio desnudas, risueñas, palpitantes, magnéticas, había arrojado como un loco el oro á puñados, ansioso de duplicar y cuadruplicar lo que poseía.

Aquella fiebre, aquel furor de ganar le había costado una fortuna. La sala de juego nunca había visto quizás una partida tan terrible. Agostino se había arrojado á ella de cabeza, frenéticamente, con la pasión que él ponía en todas sus cosas. Después de una noche de lucha con la suerte, salió del número 113 aplastado, furioso y arruinado.

Teresa ignoraba aquella preocupación que fijaba constantemente el pensamiento de Agostino en esta palabra, en esta cosa—*el dinero*.—El marqués se hubiera avergonzado, sin duda, de que supiera lo que se agitaba en él. Comprendía que aquella mujer ilusionada y amante, experimentaría la decepción más terrible el día en que sospechara que el amor verdadero de Agostino tenía por correctivo el terror del porvenir, el horror de la miseria, la angustia del día siguiente.

El sueldo de oficial francés que cobraba el marqués,—y del que había cobrado un año, cuando á consecuencia de su herida obtuvo una licencia como convaleciente—lo había devorado como el dinero que había desaparecido en la casa de juego.

Agostino no podía reclamar nada del ministerio de la guerra y además ya se preocupaba

poco de su carrera militar. ¿Acaso volvería jamás al servicio? ¿Para qué?

—Si vuelvo á esponerme á que me rompan el cráneo—pensaba el marqués—es menester que sea por cuenta mia, no por la de otros.

Hallábase pues, inquieto exasperado y enamorado cuando la noticia de la evasión del comandante Riviere fué un nuevo golpe que le inspiró nueva ira.

Teresa le vió entrar una noche más pálido que de costumbre y sus ojos algo bizcos brillaban con reconcentrado furor.

—¿Qué sucede?—preguntó.—Mirame, Agostino. ¿Tenemos que temer alguna desgracia?

—¡Desgracia no, peligro sí!

—¿Cual?

—¡El comandante Riviere está en libertad!

—¿Absuelto?

—Evadido.

—¡Me alegro!—dijo Teresa.—¡A lo menos no le matarán!

—Pero si descubre tu retiro, es hombre capaz...

—¿De matarme?—dijo la joven.—Así lo creo. ¿Qué importa? ¡Te amo! ¡Moriré por ti, y moriré feliz!

El italiano no pudo reprimir un movimiento orgulloso de cabeza. Ser amado de este modo, para ciertos hombres, es una virtud.

—¡Eres una verdadera mujer!—dijo.—No obstante, es preciso ser prudente y ocultarte más que nunca. Ahora tenemos dos peligros que evitar: lo policía y *él*.

— ¡Manda, — repuso Teresa — y obedeceré! ¿Quieres que me oculte en una guardilla, bajo el traje de una mendiga? Lo que me digas que haga, eso haré.

— No por cierto. No es por esta puerta por la que nos libraremos del peligro. ¡Al contrario! Dentro de poco, Teresa, cuando haya encontrado el dinero que necesito, espero arrancarte de este faubourg y llevarte hacia nuestro país, rica, altiva y enteramente mía. A menos que no halle aquí el poder que he despreciado allí; ¿pero cómo?...

Teresa no comprendía nada de los proyectos de Agostino, pero, á través de estas palabras enigmáticas, veía claramente que el marqués, seguía amándola, y esto la bastaba.

Agostino no tenía más que una idea: huir, huir con su querida, y la carencia de recursos era lo único que le retenía en Francia.

La noticia de la evasión del comandante Rivière hizo mucho ruido en París, bastante más ruido que su prisión. El duque de Otranto se estremecía de despecho y había mandado con verdadera ira que se instruyese sobre el particular un minucioso sumario.

— Señor Bernier — dijo — os encargo que trateis de salir con bien de esta misión. Yo no estaba tan profundamente convencido como el emperador del poder de las sociedades secretas, pero la realidad me obliga á confesar que su majestad tiene razón. ¡Es irritante ver que los conspiradores tienen, hasta cierto punto, en su bolsillo las llaves de las cárceles del Estado!

El señor Bernier conservaba su eterna sonrisa, pero no parecía menos descontento que su jefe. La verdad era que sucedían cosas que debían aturdir un poco al jefe supremo de la policía general.

Algun tiempo antes había encontrado Fouché sobre su mesa de despacho una carta cerrada y dirigida á *S. Exc. el señor ministro de Policía (reservado)*, en la que un emigrado pedía audiencia. Era un emisario de los Borbones, el conde Daché, antiguo capitán de la marina real que iba á hacerle abiertamente proposiciones por cuenta de Luis XVIII.

Luego, el poder de las sociedades secretas forzaba las puertas de la prisión del Temple. La audacia de los republicanos no era, por lo tanto, menos sorprendente que la de los legitimistas.

— Si yo me atreviera á dar un consejo á vuestra excelencia, — dijo el señor Bernier, — le diría que echara tierra al asunto. Un prisionero que se evade, no es más que un cautivo menos, pero si los cerrojos pierden su prestigio, la autoridad pierde aun más y es lástima.

La mirada de Fouché, se fijó en la sonrisa de Bernier y el ministro replicó:

— Es verdad. Seamos prudentes y si el comandante se nos escapa, consolémonos del fracaso duplicando nuestra actividad para encerrar á los demás.

El sumario se instruyó activamente porque el señor Bernier era hombre hábil y lanzó sobre la pista del comandante los sabuesos más